



Seix Barral

Lucía Charún-Illescas

Malambo



Malambo



Seix Barral

Lucía Charún-Illescas

Malambo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Malambo

© 2022, **Lucía Charún-Illescas**

Editor: Gabriel Ruiz Ortega

Corrección de estilo: Yero Chuquicaña Saldaña

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño
de Editorial Planeta Perú

Diagramación de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: junio 2022

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-61-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2022-04144

Impreso en Quad Graphics Perú S. R. L.

Av. Los Frutales N.º 344, Ate-Vitarte

Lima-Perú, junio 2022

*Para que a
Nana,
Malú,
Marticha,
Cae, Mateo,
Ñaño y Mauri
no se les olvide el rumor que trae
el Río Hablador*

Capítulo I

Los sucesos de esta historia van desde un trópico de manglares y orquídeas que nacen en el aire, hasta el azul frío y transparente del estrecho de Magallanes. Sus concéntricos lados se dan cita en la Ciudad de los Reyes bajo el blasón de un escudo azul de tres coronas y una estrella fulgurante sembrada en los arenales de la costa frente al Mar del Sur.

En la orilla equivocada, cerca de los corrales del ganado y las tierras de cultivo, y en las faldas del cerro San Cristóbal, surgen las casuchas miserables del Arrabal de San Lázaro, y las aguas del Rímac les repiten a las tacuaras esos relatos que el viento pasea por los maizales y los campos de algodón. Suave llega el susurro a los sembrados de lúcumas y se mece entre los chirimoyos y el pacayal. Aunque tengan la apariencia mansa, esas aguas saben desbordarse a gritos. Durante las crecidas del verano, entran arrastrando lodos al pedregal del leprosorio y se escurren confundidas, tintas en sangre, por entre los cadáveres de los animales sacrificados en el matadero de Malambo, el rincón de los negros de Lima, asiento y reparo de los taytas minas, los ancianos angolas y mandingas y las cofradías de congos y mondongos. En Malambo, el Rímac se codea orondo entre libertos,

cimarrones y esclavos de mala entrada que lo escuchan desconfiados; pero que, al enterarse de lo que cuenta, le van aprendiendo las mañas del habla. Porque a veces el río se hace el remolón. Haraganeando se detiene a conversar en las acequias y los charcos, al sesgo de los recovecos polvorientos y los callejones tortuosos y salobres de San Lázaro.

En la otra ribera, la del Palacio del Virrey y las casonas con frontispicio de cantería labrada, ventanales y celosías con cortinones de seda, el río se insinúa en adelgazamientos de cauce ordenado por cañerías de arcilla. Unido a otros manantiales subterráneos corre por la Calle de las Mantas y el Callejón de Petateros, y bajo la Calle de los Judíos, el Callejón de los Plateros, de los bodegones y de los espaderos, deja atrás el taconeo licencioso de las tapadas en la Calle de los Polvos Azules hasta encontrar la fuente de la Plaza Mayor. Quien se detenga a contemplar el borboteo no podrá evitarse las costumbres del Río Hablador.

Casi al unísono comenzaron a tañer las seis de la tarde desde la Catedral y las iglesias de Santa Ana, Santo Domingo, San Sebastián, Santa Clara, y en los seis conventos y los seis monasterios de la ciudad. Tomasón Ballumbrosio notó que en la iglesita de San Lázaro el tiempo se alargaba en campanadas mudas. Fueron las últimas en repicar. Como si las horas no tuvieran prisa en pasar por las casas de barro y totoras de Malambo. Una voz vecina rezó el Ángelus. Tomasón carraspeó, se aclaró la garganta. La voz pronunció «amén» y Tomasón, «carááá». En la punta de la lengua llevaba siempre un carajo desgano, dicho estiradamente y a medias cuando tenía mucho o nada que agregar. En esta ocasión bien pudo significar «carááá ya se está poniendo oscuro», o «carááá me cansé ya no trabajo más», o simplemente «carááá con este campanario que no se pone de acuerdo».

Frotando el eslabón y la yesca, encendió una vela de sebo y, alumbrado por su temblorosa llama, dio la última pincelada. Se retiró unos pasos, se rascó los cabellos motudos y canosos y repasó la imagen. El modo de pintura religiosa traída de los maestros europeos se inventó distintos rumbos en América. Tomasón los dominaba como nadie. Las figuras de sus óleos no necesitaban de la perspectiva habitual. Pintaba pocos claroscuros, y cuidando de no excederse en relieves «ni tanto recutecu ni mariconeo carááá», les añadía adornos que le llenaban el ojo y lo ponían contento de reverso. En medio de ribetes dorados, un arcángel Gabriel trajeado de hierro sostenía una espada justiciera en la derecha, todo él suspendido en las nubes de un cielo color rosa serrano. Sobre su cabellera rojiza, volaban cuatro picaflores con las alas unidas por una onda de guirnalda y mordisqueando en los picos un sarmiento de vid.

«Menos mal que ya lo acabé», se dijo, acostumbrado a pensar en voz alta. «De cómo ha quedado no se podrá quejar el amo porque lo hice con sobras de pintura, por no hablar de las brochas rangalidas y lampiñas como rabo de perro carachoso, y además los ojos del fulano y la carita tienen su no sé qué, van bien, lo mismo que las plumas de las alas que harta sombra le di, como le gusta al amo, que si se descuida, ja, don Gabriel se le va a escapar volando».

Terminó de limpiar las brochas y pasó su mirada cansada por la choza. Su cuarto de diez varas de fondo no era un sitio pelado como las casas de las otras gentes: vivía atiborrado de marcos rotos, purpurinas, ocre resecos, odres, telas dañadas y cachivaches cubiertos por un polvillo prieto ceñido a cierto resplandor de terciopelo vívido y desnudado, que flotaba en todo el aire siguiéndolo sin cesar a donde fuera. Apenas si podía desplazarse sin tropezar con

algún despropósito desprendido del montón de muebles desvencijados y del cordel templado a lo largo del techo, del cual pendía una chaqueta tristona, el tocuyo de sus pantalones de recambio al lado de un trozo de cecina, dos piltrafas de carne fresca mosqueándose al desgaire, media cabeza de plátanos pintones y dos ristras de cebollinas. Y más trapos. Y tablas puestas a secar para hacer fuego, o para pintarlas y después hacer fuego.

Habitado por la misma porfía con que coloreaba lienzos y tablas, Tomasón se daba gusto también en las paredes, donde las imágenes apretujadas, delineadas a paciencia de trazos de carbón, se entrelazaban y sobreponían sin comienzo ni fin reconocibles.

«Pero a veces se borran, como que el tiempo se las roba», reflexionó. Y podía ser cierto: desaparecían. En el instante más insospechado, ya no estaban. Quizás se protegían bajo alguna mancha de hollín o de humedad, o se reincorporaban al polvillo prieto. ¡Vaya Dios a saber!

Si tenía donde vivir, y si eso era vivir, se lo debía a don Jacinto Mina. Su cumpa Jaci, compadre del alma y caporal de la cofradía de los negros de Angola. Una semana sin sábado, al caer de la tarde se presentó con tres alarifes que él no conocía y que sin embargo no quisieron cobrarle ni un real por construir su vivienda. Es que la fama del pintor era un misterio surtidor de admiraciones y respetos.

Don Jacinto Mina y los alarifes escogieron un terreno próximo al matadero, postrado frente a esa hilera de árboles que solo verdecían en Malambo. Eran seis. Como no se conocía su apellido, los llamaban por su nombre de pila: palos Malambo. ¿Quién y cuándo los plantó allí? Nadie lo sabía. Y tampoco por cuál razón o conjuro; solo en algunas tardes precisas, los ramajes de esos señores palos despedían

aquel olor dulzón con nostalgias de chancaca. Jaci apuró el amarrado de la caña brava para armar los muros, apremiado por Tomasón, que no dejaba de distraerlo.

—No se olvide del ventanal, cumpa Mina, que lo quiero grande.

Sumergido en la faena, Jacinto Mina simulaba ignorarlo. Harto de la sordera de su compadre, Tomasón se trasladó a los ayudantes.

—Y con madera de mangle, claro que sí, bien grande, carááá. Quiero mirar el Rímac a mis anchas.

Hasta que los alarifes se rindieron y el ventanal abrió su ojo de mangle, un tremendo asombro desde la casucha flamante. No hubo pasado ni una semana, cuando ya el pintor se fue a buscar a Jaci.

—Cumpa, por favor, achícame esa ventana que se me cuela el chiflón, entre el aire con su frío y el río con su conversa, no me dejan dormir ni despertar, carááá.

Jacinto Mina lo soportaba con cariño. Era uno de los escasos angoleños que todavía permanecía en aquella agrupación de casuchas del barrio de Pachacamilla, a unas cuadras de la zona de los almacenes de la Ciudad de los Reyes. Pese a tener que cruzar todos los días el Puente de Piedra para visitar a los amigos y seguir camino a una hacienda aladaña, prefirió afincar ahí. Que era más bueno que un pan de Dios, pronto se supo. Que su mirada poseía poderes de encanto. También que sus ojos eran capaces de hacer dormir a cualquiera entre dos pestaños, aunque él nunca dormía, eso es lo que aseguraban bajo el agua los pedregales del Río Hablador.

—Ta bueno, Tomasón, uno de estos días voy a pequeñar tu ventana —le prometió Jaci.

Y dado que ese día no tenía cuándo, Tomasón se tuvo que adecuar a los caprichos y malgenios del ventanal.

Para ello, recordó que los indios del Cercado tapaban las entradas de sus casas con piel de llama, y en el forado del muro colgó el cuerazo de buey que le regalaron los matarifes no sabía por qué. Provisionalmente —pero para siempre— lo sostuvo a medias con unos cuantos clavos en el marco. Cada vez que quería noticiarse escuchando las habladurías del Rímac, empujaba su banquito de madera, levantaba el cuero y pegaba la oreja al viento. Sobre el pellejo tieso, que sin embargo ondeaba como bandera, fue pintando de a ratos un toro colorado. ¡Exorcismo contra la bestia de pezuñas albas y cuernos amacigados que todas las noches lo embestía en sueños desde la primera vez que lo avecinó en Malambo!

Si Jaci no venía, quien se atareaba por él era Venancio. Ni bien lo advertía desde lejos, pues Venancio llegaba precedido por un olor a humazo de camarones y cangrejos rebozando sus canastas de pescador, Tomasón posponía la pintura: lo intrigaba la destreza con que Venancio alistaba el brasero y ensartaba los mariscos en una vara luego de remojarlos en sosiego de ajos, manteca y ají, para soasarlos con candela de cisco lo exacto y suficiente, de modo que quedasen tan crocantes de caparazón como jugosos por dentro.

Venancio Martín era una voz alegre, como de siete cuartas de alto.

—Usted tiene la color subida, igualito que el pájaro chivillo —lo aguijoneaba Tomasón aludiendo a los tordos con plumaje de visos azulados. Se ufanaba de la piel renegrida de Venancio, aunque sentía inquina por sus cabellos rojizos y alborotados—. ¿Acaso eso es pelo de respeto? ¡No! ¡Tinturación de cucaracha es lo que es!

Y mientras meneaba la cabeza, el pescador seguía sonriendo como si no lo oyera.

Una lavandera de vientre libre parió a Venancio Martín en la orilla del río. Ni bien lo hubo enjuagado, enterró las secundinas escarbando profundo entre los pedruscos, no se las fueran a comer los perros y el hijo crezca sano, sí, pero ladrón. Lo acostó en un envoltijo de trapos bien al fondo de un moisés, y continuó su faena fregando con semilla de tarsana, que deja la ropa mejor que nueva. Esperó que las sábanas tuvieran tiempo de orearse antes que huyera el sol, y partió complacida y quejosa ante los reclamos del nuevo crío. Venancio, sin saberlo, ya estrenaba su memoria con la espuma, el fango y las tacuaras que bordeaban el Rímac. Creció nadando de una a otra ribera. Así, como jugando, aprendió los manejos del anzuelo y de las trampas camarónicas de acuerdo con los dictados de la negrería cunda, fraterna y avispada que poblaba Malambo. A los doce años y sin darse cuenta, ya era pescador de nacimiento. Al fallecer su madre, lo único que le quedó de parentela conocida era Altagracia Maravillas.

Las manos de Tomasón espantaban moscas invisibles. Era su modo de pedir que lo dejaran comer en paz. Sin ningún diente y con raleadas muelas, masticaba muy despacio. Haciéndose al estilo de los más ancianos, comía con los ojos cerrados, apretando los párpados para exprimírle el último saborcito de placer a la comida, a pesar de la cháchara de Venancio.

—A esta choza le falta un cuarto. Con Jaci ya hemos acordado levantarlo de este lado, para que tengas uno para pintar y el otro para dormir. ¿Eh, Tomasón?

Y Tomasón, limpiándose con la manga los labios colorados de jugo de camarón:

—¿Y por qué no agarras cuatro palos y te haces una choza para ti? Con tanto matorral que anda buscando dueño

por acá, ¿qué te tienes que meter en mis asuntos? Ya eres macuco, Venancio, y llevas más edad de la que tienes porfiando en vivir soltero. ¡Malamaña! Déjame esto como está, que tú andas necesitando más cuarto que yo, y búscate mujer para que parezcas gente y no te vistas como espantapájaros, todo descuajeringado comiendo puro bagre y cangrejo nomás.

—Si tú quieres, familia, ya no vengo —respondía Venancio simulando enojo.

—¡No faltaba más, carááá! Moléstame con todo lo que se te antoje, pero sigue trayendo camarón y cangrejo. ¿O prefieres que tranque la puerta y no te deje salir? —contemporizaba Tomasón sabiendo que el pescador no se dejaba intimidar por nadie.

—¿Qué te cuesta? Otro cuarto, eso es todo, un poco más grande que este, para que la gente admire bien ese catre —insistía Venancio señalando la desmesura de un lecho con cantoneras de bronce, dosel encortinado de Damasco que hacía juego con la colcha florecida y el airoso rodapié. Ni en Pachacamilla ni en el Cercado y menos en San Lázaro Venancio había visto nada parecido a esa «barbacoa de virreinas» que Tomasón protegía bajo un entrevero de géneros apolillados.

«De ahora en adelante, soñaré blando», se prometía Tomasón todos los días desde que se lo trajeron, pero más que la fatiga podía la costumbre: o se amanecía cabeceando sentado en su banqueta de trabajo, o sus pisadas inseguras lo conducían a las tablas de siempre y dormía acurrucado sin acordarse del baldaquín.

Cuando Gertrudis Melgarejo quiso comprárselo, Tomasón carraspeó. La mujer del molinero le ofreció veinte pesos. Él miró a otro lado. Cuarenta, entonces. Nada. La oferta subió hasta cien.

—¿Qué me voy a hacer con tanta plata, doña Gertrudis?
—Puedes comprar tu libertad. Ahorras, pagas tu precio y ya está.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo tengo dueño? Desde que me vino este dolor dentro del pecho, la libertad me sobra.

—¡Ay, si serás bruto! ¿Qué tal ciento diez pesos, ah?

Tomasón se quedó callado.

—Bueno, pues. De puro buena que soy, digamos ciento quince. ¿Me vendes el catre, o no?

—Ni se lo vendo ni no.

—Mira, que no te volveré a hacer otra propuesta.

—Ojalá.

—Puedo pedírselo a tu amo. Piénsalo.

Tomasón no le habló nunca más. La borró.

Al igual que los otros muebles y la demasía de trastos y enseres con los que cohabitaba, incluidos el fiambre colgado en el cordel y las hojas de tabaco, el catre provino de los trueques que efectuaba con las vírgenes y los santos pintados. Porque si los clientes de su amo, el marqués del Valle Umbroso, compraban pinturas para adornar capillas, quienes acudían directamente a Tomasón traían distintos apremios. Precisaban un cuadro de Santiago, para que el santo les facilitara la doma de sus potros chúcaros. Un San Antonio, a fin de recuperar alguna cosa extraviada o conseguirle novio a la hija que ya va para tía. La gente pobre sabe. Al más recalcitrante dolor de muelas, lo apaciguaban dos rezos a Santa Apolonia, y con uno solo a San Jacobo de Sales se detiene el ahogo. Tomasón conocía todo santo y milagro desde que cumplió diez años y fue entregado como aprendiz a Simón Rivero, pintor del monasterio jesuita del valle de Chíncha. Se le hacían agua los ojos recordando ese pueblo del sur, a cuarenta leguas de

Lima. Ahí aprendió a escribir. Aún de viejo, no se le trastocaban los rasgos de ninguna letra y sabía entrelazarlas mejor que a potrillos para formar los nombres de cuanta cosa existe sobre la tierra o se sospecha detrás del cielo. Tampoco se olvidaba del vicio de esos frailes. «¡Ay, carááá! A mí no me hablen de pecado nefando. ¡Mariconada, eso era, cumpal!», le contó a Jaci Mina. «Antes de que me fueran a malograr yo me salvé aprendiéndome la cara de todos los cristos, la color de todas las vírgenes y el santoral completo y si me lo pedían les podía pintar hasta un ángel calato y de ahí el infortunio tuvo cara contraria para mí: me arrejunté con unos cimarrones que no iban a ninguna parte. Venían. Eran más de bastantes; viejos, niños, mujeres, maltones. Me dijeron que les importaba dejar lo más lejos posible el sitio de la inmisericordia. Cepo, azote, suplicio, nada más que eso. Ni ellos mismos sabían si estaban escapando desde hacía dos noches, veinte años o quizás cientos, pero para mi suerte o para mi mejor desgracia, en aquel trance que los encontré, el rumbo que llevaba su caminar sin haberlo propuesto ni pensado pasaba justamente por el valle del Rímac. Algunas de esas gentes eran blancas y de alto llegarían a este techo, otras tenían los ojos jalados, la mayoría eran negros o cobrizos, todos venían de ser sometidos contra la propia voluntad desde tiempos de ayer y lejuras que todavía no llegan. Les habían robado los nombres echándoles agua de iglesia en la memoria. Y, siendo muchedumbre, ¿cómo habían podido desapercibirse a los perros y a los caporales de captura? La verdad, de saberlo, no lo sé. Únicamente vi que se metían bajo la lengua tres hojas de esas habas que retoñan en la cabeza de no sé qué cuáles pájaros y vuelven invisible a quien sabe el apaño de mascarlas. Al comienzo maliciarían de mí, no sé si una probable delación o un nuevo estorbo, porque oí

disgustos en la oscuridad. No me reviraron gracias a una doña que se reclamó de mi parte.

»“No le creas al miedo, misangre”, me dijo. Convocó a las hembras más viejas de la caravana y decidieron llevarme, ningún varón se atrevió a contrariarlas. Viendo que yo no llevaba ni una hojita siquiera de yerba del campo, la doña me instruyó con la oración del Justo Juez, que no te hará invisible pero ayuda. La recé tantas veces como las que pasamos presentidos en cercanía por el peligro de los caseríos. ¡Ay, carááá!, las cuarenta leguas del camino se me hicieron como ochenta».

¡Hay leones que vienen contra mí! ¡Deténganse en sí propio, como mi Señor Jesucristo con el Domino Deo! Tres veces les repito, Justo Juez. Ojo tenga no me vea. Mano tenga no me toque. Boca tenga no me hable. Pie tenga no me alcance. ¡Con dos le miro, con tres le hablo, la sangre le bebo y el corazón le parto!

En lo alto del andamio, donde se halla encaramado, Tomasón rememora la oración del Justo Juez; de pronto, lo agobia una excitación repentina que quisiera no le dé alcance. Siente un mareo que intenta achacárselo a la hambruna, pero es de más. Comienza a sudar, escalofríos lo sacuden, tose feo, carááá. Por la garganta, se le trepa una goma blandengue, demasiado caliente. Ya no necesita escupirse la palma de la mano para saber que es sangre viva. Acepta que a su existencia no le queda tiempo ni para gastar los zapatones de cuero con que la ambicia del marqués pretendió sobornarlo para que redoblara sus óleos y aguafuertes.

—Pero más que nada, Tomasón, dado el convenio que tengo con el Nuncio, ¡de una vez termina de retocar el mural!

—Lo acabaré cuando lo acabe, ni antes ni después, mi amo.

—Pero cuándo, ¡por Dios!

—A más tardar, cualquier día de estos.